

nico, de sonido agudo, de prima ascendente, con dosis de dolor, pero salpicado de vida, y un tercero, conclusivo, en el que el tiempo alcanza una categorización de concepción del mundo y las cosas. Esta dicotomía, este juego trágico entre Tiempo poético y Tiempo físico es, en mi opinión, el gran rasgo diferenciador del libro.

El Tiempo sincrónico, poético, que atraviesa como un dardo a *De la niebla y sus nombres*, es expuesto en ocasiones de manera explícita y directa, como por ejemplo:

[...]. Los años,
de pronto, te pararon
junto a aquel barandal
nunca rozado
por el tiempo,
intacto.

O en el poema «Sobre escombros de niebla»:

No te duelas del Tiempo. Lo vivido no muere;
sólo se cansa el alma [...].

Y a veces expuesto de forma implícita:

Toma
toda esta luz y con cuidado exprímela
hasta sacar el jugo de este instante
que nunca más repetirán los dioses

son conectados con el tiempo real, diacrónico, nostálgico, y con el Tiempo conclusivo, final, en el que se permite la entrada al otro gran elemento del libro: El Espacio.

Intentaré explicarme.

He hablado del Tiempo en una triple dirección. Por un lado, el Tiempo sincrónico, dividido a su vez en explícito e implícito; por otro, del Tiempo diacrónico, real, histórico. Y, finalmente, de un Tiempo conclusivo, que es además de Tiempo, Espacio. Esta conjunción Espacio/Tiempo, en Montesiños tiene símbolos que indistintamente se llaman Luz, Andalucía y Sevilla, aunque, a su vez, tanto la Luz, como Andalucía, como Sevilla, no sean más que la esencia, la raíz de la palabra, el enigma siempre perseguido y nunca aprehendido del todo, que dota al poema, justamente, de su mayor virtud: la imposibilidad de la paráfrasis.

El tiempo diacrónico, doloroso, se expresa en el libro con la presencia de las cenizas, del humo: «No hay manera. / No comprende que el tiempo se haya ido», nos dice el poema «Al lado», para completar la idea en «Humo y cenizas en Reyes Católicos dieciséis»:

Humo y ceniza sólo ya me queda
de aquel 1934

o en el llamado «El Humo»:

las lágrimas
de ese humo te ciegan.

Y aun en «Anticipando espíritu» (que concluye con una soleá tan impresionante como ésta):

Si algún día me aparezco,
seré un fantasma andaluz
de sábanas para adentro,

donde el tiempo diacrónico:

Por eso acudo ahora
como invocado por vosotros,
disimulando el llanto, sonriendo,

se confunde con el sincrónico:

que existir una vez ya es suficiente,
aunque crueldad parezca el ofrecernos
tan poco tanto para tanta nada.

Técnica que utiliza frecuentemente (por ejemplo: «El roce de la luz», «El sabor del damasco», «Desengaño de la Muerte», «Ahora», etc.), en todo el libro.

El Tiempo espacial-conclusivo es, sin embargo, el que alcanza la sima más profunda. La oquedad más madrugada:

Donde nací una vez moriré siempre.

Esta unión entre el Espacio y el Tiempo en Montesiños se rodea, indistintamente, de constelaciones negativas y positivas. Veamos un ejemplo de la primera:

Hizo bien el destino en arrojarte
de allí, dejando sólo tu memoria,
tranquila, paseándose entre acequias
con el rumor de un agua que no acaba,
pues de haberte quedado
en el mismo lugar junto a tu tiempo
—o regresarás—, sólo ya verías
en la caída valla tu cansancio
y en la fruta podrida el corazón.

Este «mismo lugar» arrebató todo. Este lugar no es otro que la infancia; es decir, la patria. Por eso nos dice en «Habitación de hotel»: «Todo contigo va, menos tú mismo», verso en el que el poeta constata que todos los hombres y mujeres, al perder la infancia, terminan por romper los límites y las fronteras, dejándole al sueño

el sonido de la edad primera para que él transforme lo inamovible:

Eras entonces como un sueño
de madrugada y carbonilla,
duro el asiento y la posguerra,
lejana y triste Andalucía.

Te miro ahora desde el aire,
bajo las blancas nubes frías.
Y sigues siendo como un sueño,
lejana y triste Andalucía.

Mas el Tiempo tiene también sus constelaciones positivas. El espacio aquí ya no es la ciudad, sino el cuerpo, el amor, la vida. Y dice:

Y era hermoso vivir y era la vida
menos nuestra que ahora.

Ahora, al sobremorir, es cuando el poeta, gracias al tiempo compartido, recupera el Espacio. Dice en el último poema del libro, que es una soleá:

He vivido cuatro días;
tres no fueron sevillanos.
Llevadme a la tierra mía.

Si la poesía pudiera dividirse —al igual que el flamenco— entre poetas con «ángel» y poetas con «duende», Rafael Montesinos pertenecería a esta última posibilidad. Me explicaré. En flamenco, una bulería puede tener más o menos compás, puede ser más o menos luminosa. El cantaor puede tener más o menos ángel. Jamás se oirá decir de una bulería que tiene «duende». La gracia es atributo del ángel. El duende, al contrario, es atributo de la madrugada y la lágrima, del temblor y el sueño, del tiempo espacial y las sombras. Si el ángel domina la niebla, el duende habita en su neblina. El blanco es

el color del ángel; el negro, el color del duende. El ángel es el esplendor, el mar, la exaltación solar; el duende, la memoria, las ruinas, el grito, la ceniza, el polvo... El ángel conversa con la vida, el duende conversa con la muerte. A la alegría la ve el ángel desde la cima, por ello le parece luminosa y blanca; el duende, desde la profundidad, por ello le parece negra e instantánea. Dice Montesinos en un poema revelador, «Diálogo con un viejo poeta sevillano»:

...Escúchate
y disponte a sentir cómo te caes,
campo de soledad, sobre tus años.

Sin embargo, en contadas ocasiones, el «ángel» y el «duende» se encuentran. Sucede cuando el duende se convierte en ángel, sólo que entonces es un ángel con espada de fuego.

Soy consciente de que con estas palabras sólo me he aproximado —y muy superficialmente— al libro de Rafael Montesinos. He dejado en el tintero multitud de aspectos importantes: todas las cuestiones formales, la utilización de frases idiomáticas, las esencias de Rodrigo Caro, Gutierre de Cetina, Medrano, San Juan, Bécquer..., las construcciones estróficas, las diferentes acentuaciones, especialmente en endecasílabos, las soleares de cuatro y tres versos, las anáforas que cabalgan por todo el libro. Pero, a cambio, en este juego de cartas, he reservado para el final la carta más importante. Ustedes van a oír ahora al poeta. La belleza que yo no he sido capaz de expresar en la paráfrasis, él nos la donará ahora con los poemas. Muchas gracias.

Julio Vélez



Vuelta

REVISTA MENSUAL

Director: **Octavio Paz**

Subdirector: **Enrique Krauze**

Deseo suscribirme a la revista *Vuelta*
por un año a partir del mes de _____ de 199

Nombre _____

Dirección _____

C. P. _____ Ciudad y estado _____

Cheque o giro postal No.* _____ Banco _____

* a nombre de *Anthropos, Editorial del Hombre*

SUSCRÍBASE

SUSCRIPCIÓN POR UN AÑO: 70 dlls.

Distribuidor exclusivo en España:

ANTHROPOS, Editorial del Hombre

Central: Apartado 387, 08190 Sant Cugat del Valles, Barcelona

Tel (93) 674-6006 Fax: (93) 674-1733

Delegación: Calle del norte 23, Bajos, 28015, Madrid

Tel (91) 522-5348 Fax: (91) 521-2323

Editorial Vuelta: Presidente Carranza 210, Coyoacán, 04000, México, D.F.

Teléfonos: 554 89 80 554 56 86 554 95 62 Fax: 658 0074